

crillas del Mediterráneo», por utilizar la misma expresión con la que Sebastián Auger abría las sesiones, se ha celebrado en Lloret de Mar, del 17 al 20 de septiembre, la IV Semana Económica Internacional. Marco confor-table, sin duda, para discutir —sin la bravura, desde luego, de la costa, aunque con indudable voluntad— algunos de los muchos y controvertidos problemas que el tema general de la Semana suscita: «Empresa pública versus empresa privada en economías en proceso de desarrollo». Y no puede negarse, ante todo, el esfuerzo de organización, que ha conseguido la presencia conjunta, por una parte, de profesores como Rostow, Robson o Ellis, entre los extranjeros, y Tamames, Lasuén, Jané Solá, Muns o Martínez-Cortíña, entre los españoles; y, por otra, de numerosos y autorizados representantes de la Administración y de la empresa españoles. Marco y auditorio que, sin duda, son un exponente más de claros cambios que, en algunos sectores de la sociedad española, se vienen registrando en los últimos años, aunque no todos hayan de coincidir, necesariamente, con el optimismo «desmitificador» —según su propia titulación— del profesor Lasuén, para quien la economía española se convertirá en la tercera potencia de la Europa occidental en el curso de la próxima década.

UN I. N. I. DE COLOR DE ROSA

No ha sido, como podía pensarse en principio, el ministro de Industria —cuya intervención estuvo presidida por un tono de cierto realismo y ponderación, al que todavía estamos poco acostumbrados—, sino el hasta hace pocos meses secretario general del Instituto, señor Forcillás, el encargado de relatar en una de las más movidas sesiones del simposio las glorias pasadas, presentes y aun futuras del Instituto Nacional de Industria. Quizá, como lógica y natural compensación, un surtido número de coloquios, siguiendo la línea que ya el profesor Tamames (*) marcó en el coloquio del primer día, al manejar datos concretos y nombres propios, se encargó, a su vez, de plantear alguno de los graves problemas con los que se enfrenta el Instituto, en cuya trayectoria, a lo largo de los últimos treinta años, se encuentran determinados hechos y circunstancias que de ninguna forma pueden omitirse si se pretende, de verdad, suscitar un amplio debate sobre el tema. En efecto, si el INI quiere que su gestión sea realmente «ejemplar» (López de Letona), ha de comenzar por autoplantearse un análisis crítico de su actuación, pues la cuestión no radica tanto en constatar algo tan obvio e indiscutible como que «el panorama industrial español actual sería distinto de no haber existido y existir aún el INI» (Forcillás), cuanto de plantearse si el desarrollo industrial español, a la altura de los años setenta, podría ser más importante en todos los sentidos con un INI diferente —pero posible— o con otra orientación —también fácilmente imaginable— del actual. Ni que decir tiene que en los coloquios se han recordado aspectos tales como la valoración de activos de algunas empresas adquiridas por el INI en los últimos años, la privatización o fusión de otras importantes, las insuficiencias de la estrategia sectorial de la empresa pública en España, el sólo aparente equilibrio de intereses sobre el que se asienta la denominada empresa mixta (acerca de la cual el profesor Robson no desaprovechó la ocasión para formular duros juicios clarificadores), la

poco ortodoxa financiación de las empresas del INI, sobre todo durante sus primeras etapas, etcétera, etcétera. Los nombres propios de HUNOSA, UNINSA, SEAT, MONCABRIL, REPESA, INTELHORCE, POTASAS DE NAVARRA, ASTANO, etcétera, salieron así, una vez más, inevitablemente a relucir. La representación del INI hubo de ausentarse de Lloret y no pudo contestar a estas cuestiones; pero, afortunadamente,

de servicios públicos, también el panorama actual de la empresa privada en España motivó diversas intervenciones. La «iniciativa privada», en su más tradicional aceptación, ha tenido durante estos días su más brillante y sutil —por no decir irónico, casi mordaz— defensor en la persona de un «liberal trasnochado», por más señas «multinacional», como a sí mismo se definió Joaquín Garrigues Walker. La-

liberal en España a instancias de una creciente intervención estatal. Sin embargo, esa constatación de algo tan obvio en dicho autor supone, al parecer, el desconocimiento de dos hechos igualmente incontestables: por un lado, las presiones y exigencias que en todo momento, en especial desde la segunda mitad del siglo XIX, la propia clase patronal española, precisamente por su propia debilidad histórica, ha explicitado para requerir una cada vez más amplia intervención del Estado (protección arancelaria, leyes de fomento de la producción, concesión de regímenes de primas y subvenciones para determinados sectores, disposiciones de reserva de mercado, etcétera, etcétera); y, por otro lado, el hecho de que el grado de intervención del Estado en la economía de los principales países capitalistas es, sin duda, mucho más elevado que en España, y no sólo en los últimos años (procesos de nacionalización, regulación de precios, inversiones «sociales», etcétera, etcétera).

En cualquier caso, y sin entrar en otros aspectos, la línea argumental de tan destacado defensor de la filosofía liberal presentó una fisura lógica difícilmente salvable: una evidente contradicción se manifiesta, en efecto, entre la pretendida no existencia de un sistema capitalista en España y la inicial afirmación con que Garrigues dio comienzo a su disertación, a saber: «La mayor conquista del Régimen político actual será, examinadas las cosas a larga distancia, la realización definitiva de la revolución burguesa». ¿En qué quedamos? En fin, para terminar también en el mismo tono con el que se formularon los anteriores divertimientos, sólo nos atrevemos a añadir que quizá resulte poco respetuoso con la memoria de un personaje histórico tan relevante como Cambó poner tan siquiera en duda la ausencia de determinadas y bien definidas relaciones sociales de producción capitalista en nuestro país.

MULTINACIONES Y DEPENDENCIA

Un tercer tema acabó por imponerse en el curso de las sesiones de la IV Semana. Las aportaciones de Ellis y Rostow, Lasuén, Muns, Granell y Arelliza o J. L. Cerón dieron lugar también a amplios debates acerca de las características de la actuación de las empresas multinacionales, su capacidad de injerencia en los asuntos internos de los «países-huésped», su papel en la difusión —y monopolización— de las innovaciones tecnológicas, su responsabilidad en la acentuación de las tensiones inflacionistas a escala internacional, etcétera, etcétera. Quizá se haya echado de menos, únicamente, una mayor discusión de las relaciones de dependencia que dichas empresas multinacionales tienden a generar de unas economías respecto de otras. Máxime cuando, en el caso español, «dependencia» y «terciarización» progresivas aparecen hoy como los términos que van a definir el proceso de crecimiento del capitalismo en los próximos años, de tal forma que la economía española tiende a configurarse, cada vez más, como una «economía apéndice», como un espacio económico de carácter periférico con relación a los centros fundamentales y decisivos del poder económico a escala internacional. ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

LA EMPRESA PUBLICA EN LA COSTA BRAVA



De izquierda a derecha, Villar Palasi, Sebastián Auger y Ramón Tamames, durante una de las sesiones de la IV Semana Económica Internacional, celebrada en Lloret de Mar.

te, dando pruebas de que el INI no trata de esquivar el diálogo el jefe de Estudios de este organismo, señor Kindelán, se trasladaría de nuevo a Lloret de Mar para aclarar o matizar —en una intervención muy realista de más de dieciocho folios— muchas de las críticas o cuestiones antes planteadas. Al mismo tiempo, lejos de Lloret, la Junta General de accionistas de Ensidesa —a la que el señor Kindelán no pudo asistir— acordaba la fusión de esta empresa y UNINSA, paso necesario en la concentración y racionalización del sector.

LA «OTRA» CRITICA A LA EMPRESA PUBLICA: LA OPTICA DE J. GARRIGUES WALKER

Pero si la empresa pública fue el principal centro de atención de la mayor parte de los debates, culminando con una muy interesante exposición del profesor Jané Solá —quizá la más calificada de toda la sesión— sobre la peculiar problemática de la empre-

mentando la no precisa delimitación del campo de intervención económica estatal en España o, en otras palabras, el amplio margen de discrecionalidad con que aquí puede operar la Administración, Garrigues Walker dibujó una situación que él hace corresponder con la actual de nuestro país, cuyas principales características (amplísima intervención estatal, generalización de las realizaciones «sociales», opinión pública mayoritariamente socialista, etcétera, etcétera), colmarían, en buena parte, los deseos de más de un partidario de una sociedad basada, puntualicemos la expresión, en la filosofía de la praxis.

Por supuesto, un planteamiento como el que se acaba de reseñar termina exigiendo una dosis muy importante de esquematismo y simplificación histórica, hasta el punto de llegar a afirmar —aunque siempre en el terreno del lenguaje coloquial— que en España se ha pasado del «mercantilismo al socialismo» sin conocerse una sociedad proplamente capitalista. Para Garrigues, la clave reside en la mistificación que han sufrido los débiles intentos históricos de un capitalismo

(*) Sobre este tema nos extenderemos más ampliamente en un próximo número, a través, en especial, de una entrevista con el catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, Ramón Tamames.